

Tres mujeres cambiando el mundo desde su comunidad

Por Linda Dahlstrom y Mattea Fleischner

Con motivo del Día Internacional de la Mujer, conocemos a Cecilia Valderrama Gómez, Manjula Kahar y Nande Anggun, tres mujeres que viven en países distintos pero que están unidas en su compromiso de mejorar sus comunidades con el apoyo de la Fundación Starbucks.

Puedes leer las historias de Cecilia, Manjula y Nande en:

<https://stories.starbucks.com/stories/2019/women-in-coffee-and-tea-communities/>



Cecilia Valderrama Gómez

Para una madre era un sacrificio casi inimaginable. Cecilia Valderrama Gómez sabía que, para salvar a sus hijos, tenía que enviarlos fuera. Vivía con su marido y sus cuatros hijos en El Escobal, una zona rural controlada desde hace cincuenta años por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

“La gente vivía con miedo por el conflicto”, asegura. “Había mucho miedo a la hora de hacer las actividades más simples. No podíamos arriesgarnos a abandonar la zona”.

Las FARC se habían hecho famosas por reclutar niños para usarlos de mensajeros. Por eso, cuando sus hijos tenían entre 9 y 13 años, Cecilia los envió a vivir con familiares en una zona más segura, donde pudieran ir al colegio y no ser secuestrados por las FARC.

“No quería que corrieran ningún riesgo”, explica. Pasó el tiempo y no los volvió a ver hasta que acabó el conflicto, hace dos años. Un hijo que no pudo ir con los demás acabó llamado a filas de las FARC y después en la cárcel.

Sobrecoge recordar todo lo que ha vivido a la sombra de las FARC pero, en vez de eso, Cecilia prefiere centrarse en el presente y trabajar con la mirada puesta en el futuro. Ahora está “feliz y esperanzada”, asegura. “Siempre he querido ayudar a los demás a luchar por una vida mejor y salir adelante”.

Eso es precisamente lo que hace Cecilia a sus 52 años como presidenta de la Asociación de Mujeres de Escobal, integrada por 16 mujeres dedicadas a mejorar las condiciones de la comunidad tras el conflicto. Cerca de la mitad de las familias en la comunidad no tienen acceso a servicios básicos de saneamiento y muchas no disponen de aseos.

Pero eso está empezando a cambiar gracias al Lutheran World Relief y la ayuda de la Fundación Starbucks, que ha invertido medio millón de dólares para ayudar a mejorar el saneamiento y el acceso a agua limpia, así como para generar más oportunidades económicas para las mujeres de las comunidades cafeteras de Tolima, en Colombia.

En 2018, la Fundación Starbucks anunció su objetivo de empoderar a 250.000 mujeres y niñas antes de 2025 en las comunidades donde se cultiva el café, té y cacao. Desde entonces, la fundación ha donado casi 4 millones de dólares a 11 programas dirigidos a facilitar las oportunidades de liderazgo femenino, su desarrollo económico y el acceso a necesidades tan imprescindibles como el agua, el saneamiento, la sanidad o la educación.

Starbucks colabora actualmente con una serie de organizaciones benéficas de todo el mundo que dirigen estos programas, como la Universidad de los Pies Descalzos, CARE, Days for Girls International, Lutheran World Relief (en Colombia e Indonesia), la Fundación Roger Federer, Send a Cow, la Asociación Ética del Té de UNICEF, el Instituto del Café de Costa Rica, la Fundación Malala y World Relief.

“Cuando invertimos en las mujeres, invertimos en todo el ecosistema”, sostiene Virginia Tenpenny, vicepresidente de Impacto Social Global de Starbucks y directora ejecutiva de la Fundación Starbucks. “Nos centramos en las inversiones que conducen al empoderamiento de las mujeres, sobre todo en cuestiones de salud, oportunidades educativas e ingresos, para que a su vez puedan empoderar a sus familias y comunidades”.

Puede que la Asociación de Mujeres Escobal tenga pocas integrantes pero saben organizarse y hacer el trabajo, y eso enorgullece a Cecilia. Crían abejas y venden la miel localmente, con lo que aportan una renta a sus familias. Aspiran a vender la miel en grandes ciudades y ampliar su base de clientes.

Además, están a punto de aplicar esas habilidades organizativas en la construcción de más aseos en la comunidad. Las mujeres del grupo se reunirán con las familias locales para valorar sus necesidades y coordinarán el suministro de los materiales mediante un trayecto de dos horas en burro.

Cecilia sabe que una mejora del saneamiento implica menos enfermedades. Las personas enferman si beben agua contaminada y el hospital más cercano está a kilómetros de distancia.

Mantiene que “si mejora el saneamiento, mejora la salud” y espera que “continúen los nuevos proyectos y la comunidad crezca de verdad, no solo en prosperidad sino en paz”.

Tenpenny afirma que esa es también la esperanza de la Fundación Starbucks y añade que “las mujeres tienen el instinto de saldar deudas”. En la antesala del Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo, conocemos a otras mujeres que están trabajando para cambiar el mundo desde su comunidad.

Manjula Kahar, India

Todos los días, a las tres de la tarde llegan unos 120 niños a la casa de Manjula Kahar en la India para asistir a su programa de educación extraescolar. Durante dos horas, Manjula les enseña a leer y escribir. A pesar de sus modestos orígenes, lo hace sin cobrar, porque está decidida a que los niños tengan las oportunidades que ella no tuvo.



Igual que ellos, Manjula, que ya tiene 26 años, creció en la plantación de té de Moran, donde su madre era recolectora. De niña asistió a la escuela pública local, algo que no es muy común en la zona. Dado el limitado acceso a la educación y la falta de recursos, muchos niños de las plantaciones de té abandonan los estudios antes de llegar al instituto sin aprender a leer, por lo que sus aspiraciones y oportunidades económicas son prácticamente nulas.

“El programa de educación extraescolar al que pertenecen estos niños está dirigido a personas de rentas bajas”, explica. “Creo que todo cambiará cuando se consiga transmitir que la educación es la principal prioridad. Quiero que la comunidad se eduque y valore la educación”.

En muchas comunidades del té, la educación es un privilegio para los niños, mientras se espera que las niñas se dediquen a las tareas domésticas, afirma. Pero la madre de Manjula, una recolectora de té a quien califica del núcleo de la familia, valoró desde siempre la educación y animó a sus tres hijos a continuar los estudios mientras Manjula veía cómo sus amigas los dejaban y se casaban muy jóvenes.

Manjula asistió a un programa de formación para aprender a enseñar a los niños, dentro de la Iniciativa de Salud y Progreso Comunitario (CHAI) de Mercy Corps, apoyada desde 2003 por la Fundación Starbucks. Actualmente, cursa estudios de grado en la Universidad de Moran para fomentar el acceso a la educación de los niños de su comunidad.

“Siempre quise ser profesora”, admite. “La educación no era una prioridad en las plantaciones de té cuando era una niña, pero cuando me formé empecé a enseñar a los niños de la comunidad. Enseguida, al cabo de tres o cuatro meses, observé una mejora en los alumnos. Podían reconocer el alfabeto y escribir frases cortas. Incluso un estudiante empezó a cantar historias en clase a los compañeros. Esta es la inspiración que veo en el colegio. Me encanta poder colaborar con mi comunidad y con la sociedad”.

Los alumnos de las clases de Manjula no dejan de aumentar. Muchos de ellos, ávidos de la oportunidad de aprender, traen a sus amigos. Y ella encuentra sitio para todos. Sabe que la educación es la llave que abre la puerta a una vida mejor, sobre todo a las niñas. “Quiero ver florecer a las mujeres y niñas en las zonas del mundo donde se les priva de la educación”, reconoce. “Espero que un día la mujer se alce y se le dé importancia en el mundo”. Cuando se gradúe de la universidad quiere ser maestra porque siente que ese es su camino para cambiar el mundo.

Nande Anggun, Indonesia

Amanece y Nande Anggun, de 48 años, aun no se ha ido a la cama. Como matrona, está acostumbrada a pasar noches en vela junto a las mujeres que la necesitan. Hace una semana ayudó a nacer a una bebé de la próxima generación de mujeres indonesias a las que Nande ha dedicado su vida a empoderar.



Además de 26 años ejerciendo de matrona, trabaja también con niños y personas mayores, y se ocupa de una parcela con 200 árboles de café. Además, es la tesorera de Pembinaan Kesejahteraan Keluarga (PKK), una organización de bienestar familiar liderada por mujeres con el fin de promover el liderazgo femenino, la gobernanza, gestión, planificación estratégica, etc., en sus aldeas. No suele dormir más de seis horas pero asegura que vale la pena porque sabe que así es como se producen los cambios.

“Estoy muy orgullosa de participar en las actividades de la comunidad porque intento que las mujeres de mi comunidad puedan llevar una vida mejor”, declara mientras se sienta en el vestíbulo del ambulatorio local.

En 2018, el Lutheran World Relief, que colabora con PKK, recibió una

ayuda de 500.000 dólares durante tres años de la Fundación Starbucks en apoyo de los programas de salud e higiene comunitaria liderados por mujeres en 2.100 hogares de aldeas cafeteras de Indonesia.

PKK organiza una serie de talleres donde las mujeres de la comunidad hablan de varios temas relacionados con la salud y la familia. El grupo se dedica a ayudar a las mujeres a fomentar y luchar por sus propias agendas particulares y comunitarias. A menudo, la carga de los cuidados familiares y la responsabilidad de pagar las facturas recae en las mujeres, incluso si trabajan fuera de casa.

“Se responsabiliza a las mujeres de gestionar la familia”, explica. Hace poco organizó un taller sobre el papel de las mujeres y los hombres en la familia, y cómo las mujeres pueden mantener conversaciones con sus maridos para implicarles más como padres y que vean a sus mujeres como iguales. Aquello provocó una conversación con su propio marido, que Nande reconoce que no siempre entiende por qué está siempre tan ocupada con el voluntariado.

Se lleva la mano al corazón cuando habla de lo que más importa: quiere mejorar las cosas para las personas que vienen detrás. La unión de las mujeres puede ser poderosa, asegura. “No siempre se trata de adquirir conocimientos, sino que otras mujeres pueden estar pensando en lo mismo”, añade. Así es como surgen los cambios.

Se le ilumina la cara al hablar de su hija de 25 años y su hijo de 21. “Como madre, siempre he confiado en que mi hija pueda aspirar a una vida mejor que la mía. Espero que ella y su marido puedan hablar de todo lo relacionado con la familia”, confiesa.

Además de los talleres locales, parte de la ayuda se destina a mejorar el saneamiento y el acceso al agua potable. Se formará a las voluntarias de PKK para que eduquen a otras personas sobre las mejoras en el saneamiento. Con el dinero de la ayuda se financiará la construcción de 18 instalaciones comunes de agua y saneamiento en cinco comunidades, con ducha, retrete, lavamanos y depósito de agua.

Aunque Nande tiene agua corriente en casa, muchas personas de su aldea no la tienen. Cuando visita a sus amigas que solo disponen de letrinas y carecen de agua, admite que se preocupa por ellas.

Más salud, mejor saneamiento y apoyar de verdad a las mujeres en sus comunidades son los objetivos que la impulsan. “Cuando envejezca y mire hacia atrás, espero que las personas recuerden el trabajo que he hecho y el amor y la esperanza que siento hacia ellas”, explica.

En ese momento se acerca alguien y Nande se disculpa. Una parturienta la requiere. Está a punto de nacer otro bebé, la próxima generación de la comunidad.

Escrito con la colaboración de Luz Ruiz Salazar.

- Fundación Malala, Internacional, 2018-2020
- Universidad de los Pies Descalzos, India, 2018-2021
- Instituto del Café, Costa Rica, 2018-2019
- CARE, Indonesia, 2018-2020
- Days for Girls International, Ruanda, 2018-2019
- Asociación Ética del Té de UNICEF, India, 2018-2020
- World Relief, Ruanda, 2018-2021
- World Neighbors, Guatemala, 2017-2020
- Fundación Roger Federer, Malawi, 2018-2021
- Heifer International, Tanzania, 2014-2019
- Send a Cow, Ruanda, 2018-2021